



Janine Puget*

Vivir en desequilibrio permanente



Janine Puget nos dejó su coraje de pensadora irreverente en la que fue su última participación, en la mesa de diálogo "Cruzando fronteras generacionales" del congreso virtual de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), Fronteras, el sábado 31 de octubre del 2020.

Lo que se transcribe a continuación es un extracto editado¹ de su presentación, con especial cuidado de respetar su estilo y la fuerza de su palabra.

La Comisión Científica de Fepal, gestión 2018-2020, comparte con ustedes este significativo texto, como muestra de aprecio y gratitud por su contribución al psicoanálisis latinoamericano.



Mi título es "Vivir en desequilibrio permanente". Cuando se hace lo posible para mantener el equilibrio, yo hago lo posible para alterarlo y desequilibrarlo. A mí me gusta el desequilibrio.

A esta altura, en vuestras mentes deben flotar emociones, un torbellino de palabras, de ideas que aluden a los pasados, presentes y futuros posibles. Navegando entre lo posible y lo imposible. Cuando lo múltiple colma la escena, ahí tal vez lo poético asome.

Ya cabe empezar a profanar lo sagrado pensando juntos. Los futuros son inasibles, acompañan las lecturas. La poesía no tiene fronteras. Ni las tienen las generaciones. *Fronteras* no corresponde al diccionario de psicoanálisis. Ustedes tienen un congreso que se llama *Fronteras*, y es un lío. Es ya una categoría que yo llamo obsoleta la cartografía.

Hoy deambulamos y vamos generando situaciones en presente, con futuros que se pierden en la lejanía y juegan a las escondidas. Y no nos afecta la presencia del otro; pese a que sabemos que existe, no necesariamente esto implica que se inicie un diálogo. Capaz que sí, capaz que no. Han conversado, se han escuchado las voces del otro, voces que nunca son indiferentes.

Las escuchamos aunque nunca sabemos de la vida del otro, de las familias, pero nada de eso tiene que ver con las fronteras, sino solo con la percepción de los límites esfumados de una relación que no tiene bordes porque no los necesita.



* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

¹ Desgrabado y editado por la Comisión Científica Fepal 2018-2020 (Elizabeth Chapuy, Helena Surreaux, Leda Herrmann, Cecilia Rodríguez, María Luisa Silva y Mauricio Zulian).

Hoy me vuelve una imagen, es la de Marcelo Viñar llegando en bicicleta a un café, el boulevard Saint Germain en París, cuando le presenté a René Kâes para ver si escribíamos un libro juntos. Yo ahí jugaba de local y Marcelo defendía el sol de Montevideo. Se produjo un momento memorable, se diluyeron las fronteras, nació el afecto y hubo un encuentro. No importa qué, no importa el tiempo, pero con mi marido, cuando volvimos a casa, sabíamos que algo había pasado.

Un encuentro no necesita tiempo lineal, necesita tiempo *aiónico* o *kairosano*, y eso lo tuvimos. No sobró tiempo ni faltó, y espero que en el transcurso de este congreso a nadie le haya faltado la tan necesaria disponibilidad de escucha ni el poder estar entre otros y poder decir lo que quiso, ni usar en demasía el pensamiento crítico.

Descubrir sobre cuántos mitos obsoletos seguimos apoyándonos. Hoy tal vez tenemos una ensalada de palabras, de ideas, de aperturas; algo saldrá de ello, y espero que no se hayan reforzado mitos obsoletos que cierren la puerta de la curiosidad. Entonces resultan las famosas frases: "Si tuviera más tiempo, leería". No se puede agregar tiempo a nadie, se dice lo que se puede y se deja a los oyentes ir pensando sus propios relatos. Eso requiere tiempo, ganas y respeto dentro del marco de las lógicas de producción subjetiva. Se requiere, sobre todo, una curiosidad activa. Y si todo eso se conjuga, en el mejor de los casos se crea inconsciente.

Un inconsciente vivo, activo, que va produciendo organizadores nuevos, profanando mitos. Alguno de ellos, para mí, es por ejemplo el famoso *complejo del semejante*, que en 1895 Freud nos terminó haciendo daño con la insistencia en la semejanza y la posibilidad de hacer algo con lo no conocido, con la realidad externa y lo que no tiene pasado.

La identificación mató la alteridad, la extrañeza y la ajenidad. Por suerte, hay muchos de nosotros, bien o mal, cada uno a su manera, que estamos tratando de darle su lugar. Sé que tocar un tema como el *complejo del semejante* en este momento del congreso puede ser complicado, pues obliga a deconstruir el concepto de *identidad* sin saber con qué lo vamos a reemplazar. Pero entonces va a permitir, tal vez, no darles tanta importancia a frases como "Yo te entiendo porque me pasa lo mismo", y, por ahí, abrir la mente y dejarla perforarse con lo extraño, lo novedoso, lo que no existía, lo que no sabemos de qué se trata. Pero ese trabajo implica destronar el concepto de *identificación*, que tanto ha servido y sigue sirviendo en los textos psicoanalíticos, y aceptar que vivimos en 2020, donde vienen sucediendo fenómenos que no tienen nombre, ni historia ni pasado. Los nombres se los ponen hoy los puros presentes, que muchos dependen, a primera vista, de la tecnología, de Internet y de las creaciones a partir de Internet.

Si realmente es cierto que vivimos en distintos espacios, en los que se superponen soles de distintos orígenes, ¿por qué tratar de unirlos, de articularlos armoniosamente, cuando su valor es precisamente crear lo heterólogo? Vale decir que los seres humanos se rehúsan a tolerar que algo no se articule con lo otro. Yo tengo la esperanza de que en uno de los futuros que se van creando podamos tolerar vivir en desequilibrio permanente, como acróbatas. Sentir que el pasar acrobáticamente de un espacio al otro es una de las riquezas de nuestras vidas. Quizás la vida se forma en un espacio lúdico.

En síntesis, cuanto más nos hemos alejado científicamente Marcelo y yo, es cuanto más se ha enriquecido el espacio de encuentro. Desde el café en París a ese espacio sin límites, muchas ideas surgirían. Ese es un futuro posible, aleatorio.

Les pido, no agradezcan más, no nos muestren que han trabajado mucho; eso lo hacen los padres: "Todo lo que he sufrido, todo lo que me ha costado crear, y ahora me debes". No, no debemos nada a nadie. Si la pasamos bien, la pasamos bien, eso es lo importante. Pero hay que tener ganas, y ganas de pasarla bien.

Discusión con panelistas

El tener ideas distintas, enfoques completamente diversos en psicoanálisis, no quiere decir que haya que pelear; lo que importa es un diálogo que enaltezca las diferencias. Algunos ponen el acento sobre lo armonioso, otros ponen el acento sobre lo diferente, otros no saben qué hacer con lo diferente y lo transforman en pelea, otros ponen el acento en otros temas. Creo que hoy uno de los conflictos graves de la humanidad es que no sabemos qué hacer para dialogar y escuchar algo que no es lo nuestro. Si no es lo nuestro, no es bueno o lo tenemos que adoptar.

Me interesa que recalquemos las diferencias entre un psicoanálisis y otro. La idea de que podemos llegar a armonías en realidad es como tapar el sol con la mano. Todos los que marcan puntos de diferencia me abren la cabeza, todos los que me repiten lo mismo y me agradecen muchísimo lo que yo hice me aburren.

Las diferencias generacionales no son por edad. La cuestión es: ¿A qué aportamos cuando escuchamos un paciente? ¿A que completen, a que armonicen, a que descubran los secretos escondidos? ¿O a que puedan construir, a partir de lo nuevo, lo que no estaba antes y que requiere un esfuerzo?

Un tema muy gordo, muy difícil de trabajar, es qué quiere decir *diferencias*: ¿Que no sean binarias? ¿Que son múltiples? ¿Diferencias con mayúsculas? Ese es un tema que no vamos a tratar hoy porque es muy complicado y muy profundo, pero merece que todos los psicoanalistas hablemos de diferencias. Las diferencias son absolutamente necesarias; no podemos tener la misma vista acá y allá, y tenemos que hacer algo con la clínica. Cuando un analista dice “esto es lo mismo que esto”, entonces algo falló. Yo también lo digo, y cuando lo digo, pienso, “algo me falló, no entendí”. Entonces, yo pondría, como tema para un encuentro – no un congreso –, una discusión: ¿Qué entendemos por diferencias desde el punto de vista filosófico, desde el punto de vista epistemológico, desde todos los puntos de vista? Así se podría enriquecer el psicoanálisis. Diferencia tiene que ver con ignorancia, con descubrir la ignorancia, con un pensamiento crítico acerca de las diferencias. ¿Qué hacemos con las diferencias? ¿Las aplanamos, las complejizamos? Todo eso es complicado si usamos la palabra *diferencia* en psicoanálisis. Hay que usarla bien o, si no, hagamos como Freud hizo desde el comienzo, y la dejamos pasar.

Es importante aprender a dialogar desde el disenso. Aprender a escuchar lo que es diferente, y no negarlo. Y no volver siempre al *principio del placer* o al *malestar en la civilización*. La “media naranja” ya pasó. Ahora, es muy difícil aceptar algo que uno no pensó sin crear luego que algún parecido tiene. No devolver lo que ya nos dieron, sino crear algo nuevo. No es lo que yo dije, ¡es otra cosa! Otra cosa que nació de la diferencia. Entonces, habrá que aprender a que nazcan elementos nuevos, no conocidos. Pasa con la tecnología, pasa con un bebé que maneja un Ipad y uno dice “¡pero cómo sabe!”. Él sí sabe, porque eso no lo aprendimos nosotros. Aceptar que se puede aprender de alguien a quien enseñamos y que ahora sabe lo que no sabemos es una herida narcisista para los padres. Pero es un tema muy largo, muy complicado; hay que estudiar mucho de filosofía, epistemología, un montón de cosas para poder admitir que alguien nos dice algo que no hemos pensado.

No soy una dama, soy una señora pensante que se irrita cuando le dicen: “Eso es parecido a algo que ya había pensado”.

Que haya posibilidad de asombrarse, llamar la atención sobre que la novedad existe y que nos descoloca. Eso para mí es fundamental. Hay psicoanalistas que dicen: “Esto le pasa porque tal cosa”, ahí hay una polilla negra para mí.

Es un error pensar que atender al padecimiento del otro es atender algo parecido al padecimiento propio. Cada padecimiento es distinto. Nos asombramos porque no lo entendemos. No se manejan con las mismas pautas, y nosotros los queremos entender como si fueran las mismas.

Cuando digo que el *malestar en la cultura*, por ejemplo, puede estar caduco hoy en día, es porque los analistas han comenzado a trabajar lo social desde lo singular, pensando que abriendo el círculo, abriendo el mapa, cabrían todos los datos. Y no. ¡Son herramientas nuevas! No se puede hacer una torta de chocolate con sal. A lo mejor sí, porque soy mala cocinera. Hay cosas que no se pueden hacer si no se tienen los ingredientes. Algunos no los tenemos porque no nos enseñaron cuando nacimos. Hoy en día hay ingredientes que no conocemos y deberíamos tener cierta humildad para aprender, no para decir que es muy parecido a lo que yo hacía. Muy parecido no es, hay algo que es novedoso. A todo lo que es novedoso se le pasa una mano de barniz diciendo que es parecido. No, no lo hemos creado nosotros. El mundo ha creado nuevos medios, nuevas formas de pensar, nuevas maneras de relacionarse. Nosotros decimos como no es igual a la intimidad de la sexualidad de antaño, algo está mal. No, no está mal, es distinto. Se ha perdido cierto pudor porque no lo necesitan, pero intimidad tienen. Habría que definirla nuevamente.

Se tendría que escribir sobre intimidad, cosa que he hecho bastantes veces, pero no me estoy vendiendo, digo que cada vez que me encuentro con algo nuevo, las herramientas que tengo no me sirven. Ustedes muchas veces dicen: “Freud ya lo dijo”. Sí, Freud lo dijo con los instrumentos de aquel entonces, no con los instrumentos actuales. Los actuales los tenemos que aprender a conocer o que nos los enseñen los chicos. ¿Cuántos padres les piden a sus hijos que les enseñen cómo manejar el Ipad? Y los hijos se hinchan: “¿Por qué me preguntas a mí, si lo sabes?”. Claro, nosotros nos vendimos como gente que sabe. Pero resulta que ellos descubren que no solo no sabemos, sino que encima les pedimos que nos enseñen. Hay muchas cosas para hacer, pero, por lo pronto, empecemos con nuestra humildad de conocer y no decir que lo que tenemos ya lo teníamos, porque no lo tenemos.

Acá está pasando un fenómeno que no conocemos, que no lo conoció Freud, no tenía por qué haberlo conocido. No había pasado la bomba atómica, no había pasado la revolución filosófica de Einstein. Han pasado cosas inverosímiles para las que no tenemos nombres, entonces, lo que hacemos es que les ponemos un nombre y más o menos acomodamos las dificultades que nos traen esas situaciones. Si no, nos sentimos viejos. Yo no me siento vieja ni joven, sino fuera de la capacidad de inventar qué hacer con esos desconocidos o no conocidos para los cuales no tengo herramientas. Y por eso creo que lo infantil es lo constructivo. A un niño uno le da cuatro palitos que no los tenía antes y con eso construye una casa. Él no dice: “Uy, no, porque me falta...”. No, él con los cuatro palitos crea. Por eso lo infantil es lo creativo. La idea es estar cuestionando todo el tiempo cómo leemos, con qué anteojos vemos, con qué oídos escuchamos lo que nos dicen. Y qué difícil nos es escuchar una nota nueva. Algo anecdótico: a mí me gusta mucho la música, escucho mucho música. En este momento, por ahí Mozart me aburre, prefiero el rap. Del rap no entiendo nada porque no ha sido de mi generación, pero es algo nuevo. Lo otro ya sé cómo viene porque es de la mía.

Si se quedan pensando en lo que digo, es valioso. Para mí, lo más rico de un encuentro es cuando te quedan ganas de hacer algo. Si quedan ganas de hacer algo, ya está todo bien. Si tienen dudas, si tienen ganas de pensar, piénsenlo donde sea, en la cocina, en el baño, pero ¡piensen! No está todo resuelto y no lo vamos a resolver, pero por lo menos queda la apertura. En cinco minutos se pueden hacer tantas cosas...

Lo que me gustaría es que salieran con dudas y con ganas de pensar. Si me dijeran que más o menos lo entendieron todo, me iría tristísima.